

Golpe bajo

Julio Galer

*Arriba de tres veces no lo traté,
y éstas en una misma noche,
pero es noche que no se me olvidará.*

Jorge L. Borges, *Hombre de la esquina rosada*

Siempre me fascinaron los ídolos populares. Sin embargo, no conocí a Gardel —no me dio tiempo—, como tampoco me lo dio Irigoyen. Perón me dio tiempo, pero no ocasión. Un par de veces lo vi en la Plaza de Mayo. El en el balcón; yo, abajo, perdido entre los bombos.

A Maradona lo vi dos veces. La primera en el Stadio Comunale de Turín, fue poco más que un apretón de manos. La otra —en Turín, también— para que lo conociera mi nieto y una foto de los tres. (A su casamiento en el Luna Park no se acordó de invitarme. Pero, calcule, si no lo invitó a Alfonsín...)

A quien sí traté fue al "Mono" Gatica. Varias veces y —yo también— en una misma, inolvidable, noche. Que no fue, precisamente, de aquellas cuando en el cuadrilátero del Luna sacaba pecho frente a Alfredo Prada.

En realidad, ya lo había visto antes. La farmacia quedaba en Av. Olmos y Alvear, a media cuadra escasa del "Córdoba Sport". El Mono paraba allí cuando venía a la ciudad. Y venía tupido. Tenía una mujer, decían. Pero, yo no la vi nunca. Solía aparecer por la farmacia como acostumbra vestir entonces: de frac y galerita, con un clavel en el ojal. Y un enjambre de canillitas y lustrabotas que lo seguía a todas partes.

Hablaba en tercera persona:

- Gatica lo saluda.

- Gatica desea una Gomina Bracanto.

Y, por fin, sacando un billete de cien pesos (la gomina valía 1,50):

- Tomá, dale pibe. Gatica paga.

Metía el voluminoso cambio en un bolsillo de su frac. Y, de otro, sacaba los billetes de 100 para pagar el diario, una cerveza o el clavel para el ojal.

Esos fueron apenas encuentros fugaces, premonitorios. Hasta que una noche se me apareció en "L'Aiglon Bleu" (Hoy escribo el nombre y lo encuentro tan, pero tan "huachafo" —como decimos en Lima— que me sonrojo.) El bar de arriba ya tenía un nombre fronterizo: "L'Aiglon" ¿Sabía el gallego que así llamaban al hijo de Napoleón? ¿Y que era el título de una pieza de Rostand que —*travestie...* y rejuvenecida en treinta años— inmortalizó Sarah Bernhardt? No lo sé. Pero sí lo sabíamos nosotros. Que íbamos a L'Aiglon todas las noches: Luro, Alfredo, el Flaco, Fantini, el Escribano,

JULIO GALER ha sido subdirector de la Organización Internacional del Trabajo.

Sadi, Quique, el Rengo, Emilio. Tomábamos un café y hablábamos. Y hablábamos. Fue allí que "yo aprendí filosofía"... Faulkner, Joyce, Eliot y Borges.

Al dueño de L'Aiglon se le ocurrió una idea brillante: habilitar el subsuelo. Luces tamizadas, una tarima, un pianito, un micrófono, una mini pista de baile. Y avanzó un largo paso por la senda de la cursilería: lo llamó "L'Aiglon Bleu..." El bar cerraba a la una. La "boîte" a las tres. Mucho éxito, no tuvo. Parejas, poquitas. (Si no contamos las de homosexuales con conscriptos). Entonces sólo quedaban como clientes potenciales los noctámbulos que no iban a los clubes o a los cabarets del río; los clientes trasnochados de la farmacia de turno. Y los de la "peña" que bajábamos del bar a la una.

Esa noche, Gatica, de frac y galerita, presidía una larga mesa de boxeadores, canillitas y lustrabotas. Tomaban sidra y hablaban a los gritos sin importarles los esfuerzos del meritorio pianista. No sé por qué, no estaban los *habitués* homosexuales. Ni los conscriptos. Nosotros, como siempre, hablábamos de arte, de libros, de política (mucho), ...y de mujeres. (Que no había). Tomábamos café. Generalmente, uno.

Nadie reparó en el rengo Moran cuando se levantó. Serían las dos de la mañana. Se dirigió a la tarima y empuñó el micrófono.

- Así es de injusta la sociedad en que vivimos. Véanlo al Mono Gatica, una bestia, un analfabeto, tirando la plata por la ventana. Y nosotros, intelectuales, universitarios, artistas, pasando la noche con un pocillo de café.

Se fue haciendo el silencio. El prosiguió:

- Mírenlo, un animal que sólo sabe dar y recibir golpes desparramando billetes de 100 mientras yo —que soy un intelectual— vivo todo el mes con 200. Esta sociedad premia la ignorancia de brutos como Gatica y castiga a sus artistas, a su clase pensante...

El silencio ya era espeso como un locro. Nosotros, paralizados por el miedo. No, por el pavor. (Sólo otra vez conocí un tal pavor. Y en circunstancias parecidas. Fue por culpa de Maca Fábregues en "La Cuba de Oro", frente al río.) Nosotros —seis, siete— casi ni osábamos respirar. A ellos —doce, quince— me parecía, en el silencio, oírlos jadear expectantes. ¿Cuándo? ¿Cómo iba a reaccionar el Mono? Moran seguía hablando. En realidad, volvía a repetir lo mismo.

Gatica se levantó. El también se dirigió a la tarima. Alcancé a ver —como en un film— que no había cerrado los puños.

- Tiene mucha razón el doctor. Lo único que sé hacer es tirar trompadas y aguantar que me peguen. Gatica no sabe leer ni escribir. Pero, no es culpa mía. Tuve que dejar el cole y salir con el cajoncito porque en casa no había guita. Por eso a Gatica lo afanan en los contratos. Porque no aprendí a leer. A mí me gustaría saber leer, doctor. Pero, no había guita...

Se nos hizo un nudo en la garganta. El rengo Moran fue el primero que rompió a llorar. Y se abrazó con el Mono. Quien también lloraba. El llanto era general. Y, uno a uno, fuimos a abrazarnos con Gatica. Y con los otros. Se armó una sola mesa. La presidía Gatica, siempre con el brazo sobre el hombro de Moran. Pidió champán para todos. Pasamos horas charlando, tomando champán y comiendo sandwiches de miga. Nada quebró —nada podía quebrar— nuestra recién nacida amistad. Cuando el Mono propuso un brindis por el Coronel todos, todos, levantamos las copas.

Esa vez L'Aiglon Bleu cerró pasadas las cuatro. Volvimos a abrazarnos en la vereda.

Y allí nos separamos.